

tamoanchán

Lunes 21 de febrero

"UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL", CENTRO INAH MORELOS

Una historia de cinco siglos: Guerra de símbolos en el proceso de configuración de la bandera mexicana

Emiliano Melgar Tísoc Arqueología/ENAH

En todos los países existe la necesidad de una bandera que represente la unidad, la independencia o los valores nacionales más estimados. Cada bandera expresa esos valores con un simbolismo propio, inconfundible, y les confiere la representación de la identidad nacional. Lo distintivo de la bandera mexicana son las tres tradiciones que participaron, se combinaron y unieron en su constitución durante cinco siglos: la indígena, la herencia religiosa española y colonial, y la tradición liberal. De este largo proceso de choque y fusión de símbolos de identidad surgió la actual bandera mexicana, un símbolo nacional mestizo, lo cual quedó plasmado en fuentes escritas, pictográficas (códices y pinturas), arqueológicas (iglesias, estatuas) y heráldicas, entre otras.

El proceso de conformación de la bandera mexicana concebido como de larga duración (alrededor de 500 años), se debe a que el tiempo arrastró características de civilizaciones que nos precedieron, fue lenta en deformarse y que aún perdura en nuestros días. Refleja la manera de concebir la historia en cada una de esas tres épocas: prehispánica, colonial e independiente. Por lo tanto, no nos informan de lo que vieron en realidad, sino de lo que, en su tiempo, se creía natural ver.

La tradición prehispánica

En Mesoamérica se crearon mitos dedicados a legitimar la posesión del territorio ocupado; lo cual produjo la elaboración de los primeros símbolos que representarían a esas entidades y dieran cuenta de los orígenes remotos de los distintos grupos. La obra de una sociedad que modifica según sus necesidades el suelo en que vive es, según Bloch, un hecho eminentemente histórico y, por esencia, un hecho psicológico.

Así, la tierra se convirtió en territorio de cada comunidad y se vinculó a los antepasados y a los dioses protectores. Con ello, se estableció el derecho de propiedad sobre el territorio, cuyo símbolo, La Primera Montaña Verdadera, se llamó *altépetl* en la tradición nahua, que quiere decir cerro lleno de agua, sinónimo de señorío o Estado. El glifo que lo representaba se usó en mapas para indicar la presencia de la organización social dotada de un territorio y autonomía política.

Otro símbolo visual fue la imagen del árbol cósmico, un eje plantado en el centro del cosmos que comunicaba el inframundo, la superficie terrestre y el cielo. En los mayas se representó con la planta del maíz y los cuatro rumbos del cosmos mediante árboles propios de su región. Heredaron la costumbre de representar a una región por su árbol emblemático: la zona maya con la ceiba; el norte con los cactus y los mexicas con el nopal.

Los símbolos de la identidad mexicana se agruparon en el relato de la peregrinación desde Aztlán hasta la fundación de Tenochtitlán. Según el mito, su dios Huitzilopochtli les ordenó abandonar Aztlán en busca de tierras mejores que encontrarían donde vieran un águila parada sobre un nopal y desgarrando una serpiente. Este símbolo lo vislumbraron en un islote de Texcoco y fundaron allí Tenochtitlán. Sus frutos representan el corazón humano; en el Códice Florentino y en el Mendocino. La fundación de Tenochtitlán aparece asociada con el sacrificio de corazones para alimentar al Sol, Tonatiuh, la deidad vital mexicana. La imagen que representa el águila devorando pájaros o una serpiente alude a la victoria del sol sobre sus enemigos y expresa

el triunfo de los guerreros sobre los antiguos pueblos agrícolas. El águila era un símbolo solar en los pueblos cazadores, significaba la fuerza violenta. La serpiente fue símbolo de fertilidad entre los agricultores. El emblema de Tenochtitlán es entonces una exaltación de la guerra que construyó el poder de la nación mexicana y su misión conquistadora.

A lo largo de esta etapa se denota la obsesión por los orígenes, aquellos relatos que legitimaban el poder y su misión,

resaltando uno de los tipos de historia que Lewis ha conceptualizado, el de:

Historia recordada, consiste en una serie de observaciones acerca del pasado en una gama que va desde el recuerdo personal de mayores hasta las tradiciones vivas de una civilización, contenidas en sus sagradas escrituras, sus clásicos y su historiografía heredada. Puede definirse como la memoria colectiva de una comunidad o de una nación... considerando más digno de recuerdo un símbolo o una realidad.



La tradición prehispánica frente a los símbolos políticos y religiosos de la época colonial.

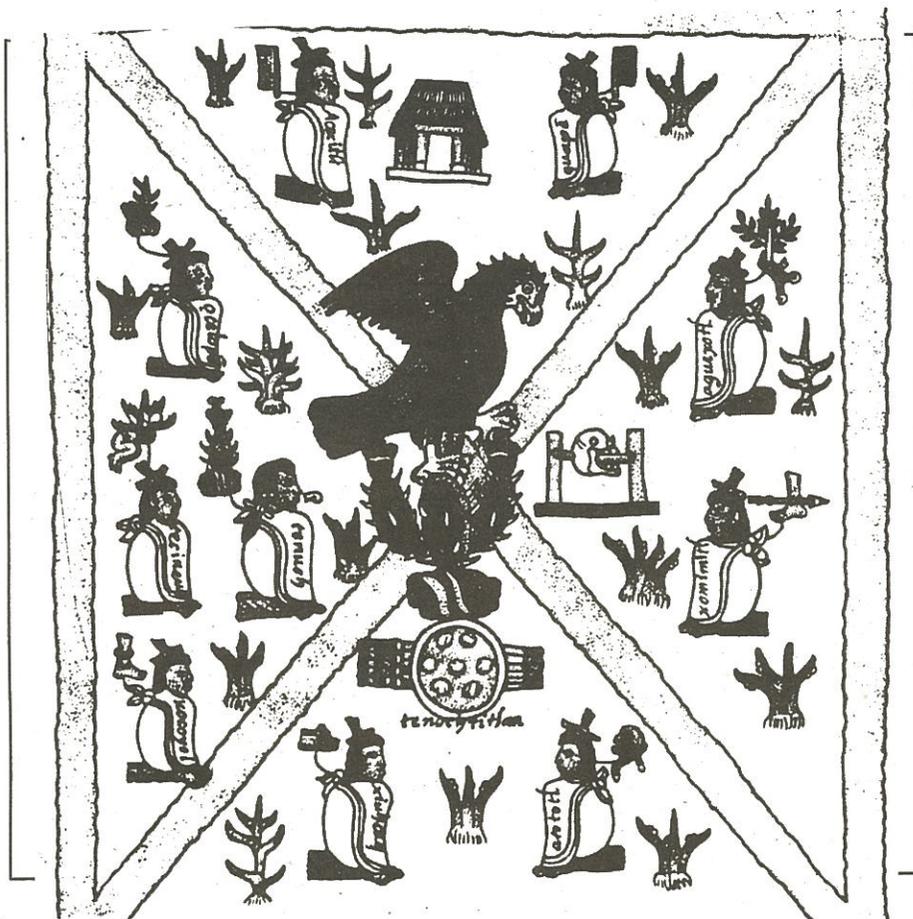
A principios del siglo XVI el estandarte mexica sólo era alzado por los grupos de filiación nahua. Era la insignia de este grupo étnico y un símbolo de identidad que recordaba el poder de la antigua capital indígena. Así lo vieron también los primeros cronistas indianos, quienes lo evocaban con nostalgia, como en el Códice Osuna. A fines de ese mismo siglo, este emblema es reivindicado como símbolo indígena en diferentes monumentos religiosos construidos en distintas partes del reino (Tecamachalco y Calpan, en Puebla; Ixmiquilpan, en Hidalgo; Tulteplac y Tultitlán, en el Estado de México; Yuriria, en Michoacán, entre otros). El escudo mexica se superpuso a la heráldica hispana aún cuando América era dibujada como una india desnuda y salvaje.

Esta nostalgia de un pasado glorioso o mejor, dio origen a la historia «rescatada», ya que el México prehispánico fue recuperado por los descendientes de indígenas y cronistas criollos, que buscaron revalorarlo.

En el siglo XVII comienza a ser adoptado por diversos grupos criollos y mestizos, quienes lo oponen a las insignias provenientes de España y luchan por su rehabilitación en el emblema de la Capital de la Nueva España. Visten a la indígena desnuda con trajes típicos de la Nueva España para representar a estas tierras.

En el siglo siguiente, el emblema indígena se vuelve un signo común en todo el reino. Se usa como símbolo para señalar los planos de la Ciudad de México y para sellar los mapas y las cartas geográficas del virreinato. Se le imprime reiteradamente en las historias, crónicas, gacetas y revistas de la época, donde adquiere el rango de emblema prestigioso de la patria americana, que algunos empiezan a nombrar mexicana. Lo mismo ocurre en la pintura, el grabado o la arquitectura, donde se generaliza su uso para denotar lo que es propio del país. Es tan fuerte su influencia y tan grande su aceptación, que desde mediados de ese siglo el emblema del águila y el nopal se estampa en los documentos oficiales de la ciudad y en los que aluden al virreinato.

De este modo, a través de conquistas y mediaciones sucesivas, con una fuerza insospechada en su tiempo e inadvertida por la investigación contemporánea, el escudo del águila y la serpiente deja de ser el símbolo de la etnia mexica y deviene un emblema colectivo, que re-



fiera a un mito que suscita los sentimientos de comunión, solidaridad e identidad entre diversos sectores de la población.

A fines del siglo XVIII, la imagen de la virgen de Guadalupe se fundió con el antiguo escudo de armas mexica. Se representó como una indígena vestida suntuosamente, con un copilli o diadema real en la cabeza, sosteniendo en sus manos el emblema mexicano. En 1737 se declaró a la Virgen Patrona de la ciudad de México y protectora de la Nueva España. Desencadenó un movimiento patriótico avasallador, llegando a los extremos de pensar que San Juan Evangelista presenció la aparición milagrosa de la Virgen y el águila en la isla de Tenochtitlán. Se había convertido en un símbolo polisémico cuyas diversas representaciones afirmaban la identidad de los nacidos en la Nueva España, representación de unidad y diferencias contra España, madre intercesora de los indios y protectora celestial de la nueva población mestiza. Era el símbolo de lo propiamente mexicano; unía el territorio antiguamente ocupado por los mexicas con el sitio milagrosamente señalado para la aparición de la madre de Dios.

La tradición liberal y la creación de la bandera

En 1810, Hidalgo encabeza la Independencia. Alza como estandarte la imagen de la guadalupana y en breves meses reúne el ejército popular más numeroso que combate por la independencia de América. En 1824, otro grupo de libera-

les consuma el movimiento iniciado, enarbolando las banderas de la república, la libertad y la independencia. La Virgen de Guadalupe recibe en ese entonces el nombre de «María Insurgente», enfrentándose con la virgen de los ejércitos realistas, la Virgen de los Remedios. El trasfondo de esta guerra de imágenes era una lucha de clases sociales.

Después de independizarse, México se proclama una nación libre y soberana, pero se define como una nación antigua, anterior a la conquista española que la había sojuzgado. La idea de la antigua nación indígena fue una concepción del patriotismo criollo en los siglos XVII y XVIII. Presentan a la Independencia como un acto restaurador de la antigua nación indígena.

Aquí entran en escena la historia «inventada» y el anacronismo buscando un propósito específico: argumentaba una supuesta nación mexica gloriosa anterior a la conquista, por lo que debía recuperar su libertad para continuar con su unidad y grandeza. Se trató de adaptar la virgen y el escudo a la causa de la independencia.

En 1821, Iturbide proclama el Plan de Iguala, cuyas tres garantías fueron: religión, unión e independencia. Fueron los tres colores de la bandera: el blanco simbolizaba la pureza de la religión católica; el verde representaba el movimiento insurgente y el rojo el grupo español adherido al impulso libertador. Decreta el 2 de noviembre de 1821 que la bandera mexicana fuese con los mismos colores,

pero en franjas verticales, en el siguiente orden: verde, blanco y rojo; y al centro el águila, de perfil y con corona imperial, las alas caídas, posada sobre el legendario nopal nahua; lo que significaba retomar ese símbolo prehispánico que sobrevivió a la Conquista.

Esta bandera tricolor, en cuyo centro figuraba el antiguo escudo de armas de Tenochtitlán, se convirtió en el símbolo representativo de la nación independiente, y en la imagen visual que en los actos públicos identificaba a la patria liberada y expresaba los sentimientos de unidad e identidad nacionales. Fue el primer emblema cívico, no religioso, que unió a la antigua insignia indígena de los mexicas con los principios y las banderas surgidas de la guerra de liberación nacional. La conmemoración de la Independencia, además de impulsar el discurso cívico y apoderarse de los espacios públicos, promovió la creación de incontables arcos triunfales, carros alegóricos, pinturas y obras populares donde se representaba a la patria liberada, a sus héroes y a sus emblemas.

Conclusiones

Este recorrido por varios siglos de la historia mexicana muestra que en esas sociedades los símbolos visuales fueron los transmisores más eficaces de mensajes políticos y culturales. No todos los símbolos de las culturas mesoamericanas resistieron con éxito la invasión de los símbolos europeos, aunque algunos, como el escudo tenochca, se impusieron a ellos.

La antigua insignia azteca fue recuperada e impuesta como icono de la bandera y del escudo nacionales desde 1821. Había probado que era capaz de resistir los embates del tiempo y fue el símbolo de la resistencia indígena que había enfrentado a la invasión española, concentrando las nociones de legitimidad y defensa del territorio autóctono. El altépetl no respondió a esta demanda y por ello no sobrevivió a la conquista. En cambio, el emblema del águila y la serpiente, al mezclarse con la virgen de Guadalupe e infundirle a esa imagen un acentuado sello de mexicanidad, se transformó en el propulsor mítico que afirmaba la identidad indígena con el pasado remoto. Además, los símbolos destacan su capacidad para convocar a grupos y clases diversos; en este caso, criollos, mestizos e indígenas orgullosos de su patria.

Las diversas formas de representación a partir de la bandera: emblema, escudo, insignia, estandarte transitaron de una «insignia tribal» a un «estandarte nacional mexicana», o de un «emblema mítico»

mexica filtrado por la «tradición heráldica» hispánica sobre la ciudad de México hasta su recuperación republicana en el escudo de la bandera nacional. Estas formas aparecen subordinadas a un concepto clave: el de tradición, fluctuando entre lo étnico (mexica, maya, hispano, mestizo) y lo nacional. De otro lado, estas formas expresan «símbolos políticos» o «símbolos de identidad» y por ende entran en conflicto en la sociedad colonial como una «guerra de símbolos»

Referencias

1. Lewis, Bernard, La historia recordada, rescatada, inventada, Trad. Juan González Hernández, México, FCE, 1979, p.21, (Breviarios 282).

Bloch, Marc, Introducción a la historia, Trad. Pablo González Casanova y

Max Aub, México, FCE, 1952, (Breviarios 64).

Braudel, Fernand, La historia y las ciencias sociales, Trad. Josefina Gómez Mendoza, Madrid, Alianza, 1968.

Chevalier, Jean e I. Alain Gheerbrant, Diccionario de los símbolos, Barcelona, Herder, 1995.

Florescano, Enrique, La bandera mexicana: Breve historia de su formación y simbolismo, México, FCE, 1998.

Gruzinski, Serge, La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a «Blade Runner» (1492-2019), 1TM reimpresión, México, FCE, 1995.

Lafaye, Jacques, Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México, Trad. Ida Vitale, México, FCE, 1983.

La dualidad en mundo prehispánico

Antrop. Física Isabel Garza Gómez

En las poblaciones prehispánicas la dualidad estaba presente de manera implícita en la vida cotidiana. Era la perspectiva desde la cual se observaban, se analizaban y se explicaban los fenómenos de la Naturaleza.

Algunos especialistas consideran que la concepción dual surgió con el descubrimiento de la Agricultura, ya que con ella los elementos naturales adquirieron mayor importancia, entre ellos, la tierra como fértil productora de plantas alimenticias y medicinales, el agua como elemento indispensable y los cambios atmosféricos que podían ser benéficos o dañinos para los cultivos.

Por otra parte, debido a que se consideraba que la muerte no representaba el fin de la vida sino el inicio de una nueva forma de existencia, la siembra y la cosecha se relacionaron con el ciclo biológico humano, en particular, con el de la mujer. A partir de esta analogía, la polaridad entre el hombre y la mujer se acentuó.

Desde tiempo remotos, antes de que surgiera la agricultura, existía una pluralidad de principios. Sin embargo, fue su aparición la que originó el dualismo cosmológico. Este dualismo se manifestaba en una serie de polos opuestos o contrarios que se complementaban. Entre ellos se encontraban vida-muerte, h' medo-seco, masculino-femenino, arriba-abajo, frío-caliente, animales acuáticos o aves-animales terrestres y el de los puntos cardinales entre sí.

La dualidad era la base fundamental de la estructura religiosa. Las dei-

dades eran consideradas como unidades de la dualidad masculino-femenina y, por lo tanto, podían manifestarse como pareja, o bien como un dios con apariencia masculina y/o femenina. En esta androginia o dualidad divina se reunían todas las polaridades del Universo.

Sobre el origen del Universo, los relatos míticos nahuas describían una serie de aventuras y peripecias a las que se enfrentaban los dioses. Estos relatos concluían con la muerte y transformación de las deidades en los elementos mundanos o terrestres, incluido el hombre. Por ello se consideraba que los elementos mundanos tenían una parte divina y otra terrenal.

La leyenda de los Soles narraba la creación y destrucción de cuatro mundos o cuatro soles anteriores al Quinto Sol, período en que se desarrollaron las poblaciones prehispánicas y que de acuerdo a este mito nahua es la época en que vivimos actualmente. Esta versión mencionaba que la vida de cada uno los cuatro Soles había sido destruida por distintos tipos de catástrofes. Los elementos destructores fueron el fuego, el viento, la tierra y el agua. Estos elementos eran asociados a diferentes deidades, por ello consideraban que las catástrofes eran el resultado de la lucha permanente de fuerzas divinas antagónicas.

Posiblemente uno de los símbolos de dualidad más difundidos en Mesoamérica haya sido la máscara, ya que cumplían con diferentes funciones. Era considerada como la expresión de una fuerza mágica y poderosa, era el puente

entre el mundo extraterrenal y el terrenal y además conferían poderes sobrenaturales a quienes la utilizaban.

Una de las manifestaciones de la función dual de las máscaras se manifestaba en los rostros biseccionados que expresaban elementos opuestos. Entre las más importantes estaban las más-

caras de vida y muerte, en las que generalmente la mitad de la careta tenía rasgos humanos característicos de la vida, y la otra mitad, que simboliza la muerte, era representada por una calavera.

El poder mágico de las deidades se manifestaba a través de una serie de atributos distintivos, entre los que des-



tacaba la máscara. La diversidad de atribuciones sintetizadas en un mismo dios era representada a través de diferentes máscaras. Como ejemplo se puede mencionar a Quetzalcóatl, que con sus adornos característicos era identificado como deidad creadora, pero al colocarle una máscara de ave en forma de pico o de ave, representaba a Ehecatl, dios del viento

En el nombre de Quetzalcóatl estaba implícita también la dualidad, ya que significa «serpiente-quetzal», dos animales que representan elementos opuestos: la

tierra y el aire. El sufijo «coatl» además de significar serpiente, era sinónimo de «hermanos gemelos», y en este caso, Quetzalcóatl jugaba un papel doble, ya que surgía como la estrella matutina y como la estrella vespertina, junto con su hermano gemelo Xolotl representado también como Mictlantecuhtli, dios del inframundo y de la muerte.

Quetzalcóatl y Mictlantecuhtli eran la unión del dios creador y el dios de la muerte, eran tesis y antítesis que manifiestan la dualidad, concepto básico de la filosofía religiosa prehispánica.



Dualidad de la vida y de la muerte.
Pieza Zapoteca. Museo Nacional de Antropología e Historia.

Editorial

Don Sergio in memoriam

H. Rafael Gutiérrez Y.

En la Pascua de 1967 el Papa Paulo VI publicó la Encíclica «POPULORUM PROGRESSIO», en la que expone la necesidad del cambio para que los pueblos puedan escapar «de enfermedades endémicas y la ignorancia», en que la tiene una cultura del mercado, la competencia, la fraternidad ausente y los desamores del individuo y de la sociedad.

Don Sergio hizo la difusión de este documento mediante una edición especial que fue sobretirada como suplemento del Semanario Correo del Sur; la portada es uno de mis diseños, sencillo para orientar la atención hacia el contenido.

En el párrafo 20 que se titula «HACIA UNA CONDICION MAS HUMANA» dice: «Si por llevar a cabo el desarrollo se necesitan técnicos, cada vez en mayor número, para este mismo desarrollo se exige más todavía pensadores de reflexión profunda que busquen un HUMANISMO NUEVO, el cual permita al hombre moderno hallarse así mismo, asumiendo los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación.» Este, el amor hacia una sociedad cristiana para que retornara hacia una hermandad más humana, fue obsesión permanente de Don Sergio. Y aunque tiene frutos ya comprendidos, como el interés por los testimonios históricos de la cultura, no ha podido alterar el curso inhumano de un sistema que se alimenta de la antropofagia, por ejemplo la indígena o la estudiantil, como parte de su vitalidad; las cifras actuales muestran las pobrezas materiales y espirituales. Pensadores humanistas que también se obsesionen por una fraternidad mas humana, necesitan las universidades, los centros de investigación y los institutos de ciencias, artes y técnicas, como la Universidad de Morelos y el Instituto de Antropología tan queridos por Don Sergio.

Invierno 2000.



tamoanchan

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Información, sugerencias o publicidad: Avenida Lázaro Cárdenas #494, Col. Jiquilpan. 62170, en Cuernavaca. Tel. (7) 313•28•93
E mail: elregional@mexico.com

CENTRO INAH MORELOS

Matamoros No. 14, Col. Acapantzingo. Cuernavaca, Morelos.
Tels. (7) 312•59•55 / 312•31•08
E mail: cimor@mor1.telmex.net.mx

ElRegional



Es un suplemento semanal editado por

Eolo Ernesto Pacheco Rodríguez
Director General

Heladio Rafael Gutiérrez
Coordinación del suplemento
Tamoanchan (INAH)

INAH

MORELOS

Teresita Loera Cabeza de Vaca
Encargada de Despacho
Centro I.N.A.H. Morelos

Patricia Suárez Ortega
Responsable de Difusión
(I.N.A.H.)